

Jaime Henao

Contrapunto y disonancia

César A. Mejía
Alexander Aguirre

Sobre la Avenida 2ª norte, encima de una *ventana indiscreta*, se encuentra *El Colectivo*, lugar de encuentro del maestro Jaime Henao y sus estudiantes. Allí la música se esparce y permea los muros y las cabezas. La academia musical *El Colectivo* se encuentra ubicada a unas pocas cuadras del Conservatorio Antonio María Valencia, pero las distancias conceptuales entre estos, más nos recuerdan el largo tramo que separa al conservatorio de Univalle, atravesando de un extremo al otro nuestra desvencijada ciudad por un camino lleno de huecos y trancones inigualables. A lo largo de estas páginas presentamos la entrevista que el maestro Jaime Henao concedió a nuestra revista, donde recorreremos las *fronteras* del conocimiento dentro del ámbito artístico musical.

Jaime Henao es uno de los músicos más destacados de la ciudad. Quien haya escuchado su música en *Blues Brothers* –sitio de encuentro de artistas, en el norte de Cali, donde convergen diferentes estilos musicales– o en cualquier otro lugar, sabrá de qué estamos hablando. Desde su infancia temprana estudió música. Fue estudiante del conservatorio Antonio María Valencia, institución en la que años después sería profesor por más de una década. Su trayectoria musical incluye el premio Bandola Diego Estrada, y comenzó, según sus propias palabras:

“Con un amigo que está en Nueva York. Teníamos una bandita de Rock and Roll en Palmira, en los años 70, que se llamaba ‘Mamut Rock’. Vinimos a Cali a tocar en unos festivales que hacía ‘Canada Dry’ ‘Green Peace’ y todos esos grupos de Cali. Sonábamos bien. De ahí, armé ‘La Misma Gente’ en el año 78, orquesta con la cual duré 15 años. Ahí estuve hasta finales del 92. Y entre el 92 y el 95 toqué para la Orquesta Guayacán”.

Con la música de Keith Yarret –uno de sus compositores favoritos– sonando en el fondo de su estudio, y al lado de un piano de cola heredado de su padre, el maestro Henao nos cuenta acerca de su vena musical:

“Mi padre fue hijo natural en 1917. ¡Imaginate la tragedia aquella en esta sociedad! (...) él se cansó de coger café, le dio paludismo y entonces se metió a una capilla en un pueblo por allá en Antioquia, donde le prestaron un armonio. Para resumir, mi padre llegó en el año 46 a Sevilla (Valle), y llegó tocando Bach. O sea, mi papá a los 29 años ya tocaba Bach (...) solito. El cura le dijo, esto se lee así, aprendió a leer partituras y ya. Se volvió corista de iglesia y hasta el día de su muerte cantó la misa. Yo tuve una charla con un señor que se llama Hugo Toro Echeverri, uno de los intelectuales de Sevilla, que era el mejor amigo de mi papá; él me contó que: ‘un día cualquiera estaba en la

CÉSAR A. MEJÍA. Profesor Tiempo Completo de la Facultad de Psicología, USB Cali.

MARCO ALEXIS SALCEDO. Licenciado en música Universidad del Valle. Estudiante de la Facultad de Psicología, USB Cali.

Plaza de la Concordia, en Sevilla, cuando voy oyendo dizque Bach en ese pueblo. Me fui inmediatamente a la iglesia y oí estas cosas de Bach, subí al coro, donde estaba el órgano y allí fue que conocí a tu papá. Se volvieron entrañables hasta la muerte. Un pueblo cafetero en plena violencia y un pendejo tocando Bach por allá en la capilla ¡muy raro! No te trato de decir que era del estilo puro clásico, pero interpretaba las notas y tocaba; no era un concertista, pero hizo bien la tarea; Indudablemente, tenía una vena musical.

Mi mamá era de Valparaíso y mi papá era de Pueblo Rico. Pueblo Rico fue donde hicieron esa masacre los militares hace unos años (...). A los 17 años se casó con mi mamá al escondido, pero ya era el director de la banda de Valparaíso y la de Sevilla, porque también aprendió a tocar trompeta, solo, sin técnica. Entonces él iba adelante, tocando la trompeta y con la mano dirigiendo a los otros. De ahí nos viene la vena musical. En mi casa se oían tangos, clásica, ranchera, boleros, pasillos, todo menos salsa. La salsa fue cuando en el colegio, yo empecé a escuchar a 'Fruco y sus Tesos'. Esa diversidad me dio la capacidad de ahondar un poquito en muchos estilos de música. Aquí en la academia, el único que me corcha es el que me diga 'Yo quiero ser rapero'. Ahí si sale por la puerta de la cocina, se va de aquí, porque para mí eso no es música'.

En este entorno musical creció Jaime Henao. A la edad de doce años solía ocupar el lugar de su padre, José Henao, en el coro de la capilla, cuando aquel no podía asistir.

"En el año 74 me ganaba veinte mil pesos por una misa ¡eso era un poco de plata para un niño de doce años! Ahí tuve unas anécdotas muy buenas, porque el cura era muy soberbio, y si la misa era de seis, yo me iba faltando un cuarto a repasar los solos de 'John Lord'. Entonces el man se salía de la ropa, y había esos teléfonos de manivela que comunicaban la sacristía con el coro, y yo oía eso timbrar (...) era el cura para regañarme. Una vez subió a buscarme, yo me metí por unos laberintos y no me encontró. Luego vino mi papá: 'el padre le manda a

decir que deje de tocar esa música tan fea antes de las misas', pero yo seguía ensayando puro 'Deep Purple'. En el coro de la capilla había un órgano 'Hammond' de los que usaba 'John Lord', que no era de pedal, era de tubos. Llegaron al Valle en los años 40, cuatro órganos de esos, donados por el gobierno alemán. En Sevilla había uno y en Palmira había dos, el único que no tocó mi papá fue uno que dejaron en Tuludá'.

Además de su encuentro con los órganos Hammond –usuales en el rock de vieja guardia– Jaime Henao nos cuenta que su participación como organista, en las eucaristías, trajo otras ganancias para él, porque:

"(...) el cura empezaba a cantar y a mí me tocaba caerle hasta donde se había desafinado. Era un entrenamiento increíble y me volví un hacha. Además, esa música está muy bien elaborada. Yo soy anti-religioso, pero esa música fue bien hecha para lo que está hecha, música para conmoveer'.

La academia musical de Jaime tiene por nombre *El Colectivo*. Aquí, nos explica, se sube aquel que sabe para dónde va. Su papel como docente sería entonces el de conductor del vehículo, aquel que ayuda a la gente a llegar hasta donde quiera ir. En los programas universitarios de música, como en cualquier otro pregrado, la gente comienza en el mismo punto, trasega la misma ruta (léase pénsum) y "se baja" a los cinco años. En *El Colectivo* de Jaime Henao, cada quien decide dónde subirse y dónde bajarse. Desde esta perspectiva, el maestro enfatiza su forma de entender el asunto de la academia: *"Yo lo que hago es, en la medida de mis capacidades, acercarte a tu sueño."* Eso, nos dice, es lo verdaderamente importante.

Después de una larga trayectoria, primero como estudiante y luego como profesor, Jaime Henao decidió retirarse por sentirse inconforme con el modelo académico – administrativo de dicha institución. Al respecto plantea lo siguiente:

"(...) yo estuve con las pedagogías institucionales once años y para encontrar la música que yo quería y cómo vivirla, me tuve que salir del Conservatorio. Trabajé once años en el Conservatorio y tres en la Universidad

del Valle. De las dos partes, salí saturado. Cuando vos llegás a una institución con el nombre que tiene Univalle o el Conservatorio Antonio María Valencia, llegás de buena fe porque presumís que allí te van a formar bien (...) Pero en esos once años a mí me tocó ver el deterioro paulatino del nivel académico del conservatorio. Un día pedí una licencia como para ensayar esto (El Colectivo) y renuncié porque físicamente no era capaz de entrar a ese edificio. Finalmente, mandé la renuncia. La mandé, ni siquiera fui capaz de entrar a entregarla”.

En El Colectivo nadie va de pie o colgado en la puerta, todos tienen su lugar; cada uno ocupa su puesto y ha pagado su pasaje cuyo precio es el esfuerzo, el compromiso y la dedicación. Es un recorrido que busca llegar a la satisfacción personal, donde cada pasajero, a pesar de ir en el mismo vehículo disfruta el viaje a su manera.

Jaime Henao siente un gran respeto por la pedagogía, en especial cuando está dirigida a niños; considera que para ellos debe ser una pedagogía especial por lo que ha decidido no trabajar con esta población:

“(...) el primer profesor de música es el más importante y yo no tengo experiencia con niños. Cualquier sutileza puede hacer que un niño con talento odie la música, si no se la plantean como es, y yo no quiero tener ese cargo de conciencia. En la costa, por ejemplo, que es una escuela muy brava, cualquier músico empírico costeño dice al niño no hay que enseñarle do – re – mi, lo que hay que ponerle es una flauta de millo para que la suene, o sea, contacto directo con el sonido. Ahí saben para qué es la música. El que sabe do – re – mi, no necesariamente es el que sabe de qué se trata. Por ejemplo, la vaina ‘clásica’, -entre comillas-, ha por-debajeadado al empirismo. Yo creo más en los procesos empíricos”.

Desde esta perspectiva, para Jaime Henao la enseñanza musical es mucho más que dictar clases en un pizarrón o enseñar unas cuantas canciones; es un compromiso con la vida y el futuro del estudiante. Así lo plantea:

“Me parece una irresponsabilidad social, me parece un acto de formar mal a alguien, porque le jodés toda la vida. Vos sabés que la ignorancia es la base de la esclavitud Imagínate, a nivel psicológico, lo que pasa con un muchacho profesional a los 24 años, con un cartón en un andén, sin saber ni papa, precisamente en lo que decidió ganarse la vida. Eso a mí me parece una infamia ¡se le joden la vida a una persona! Yo conozco pelados egresados que trabajan en tiendas de Internet, otro se compró una amplificación para alquilar y vive es de eso. Una alta proporción hacen otra cosa distinta a la música (...) ese pedacito no está”.

Haciendo eco a los planteamientos de Max Neff, Jaime Henao lamenta el deterioro que se ha venido presentando en la enseñanza universitaria; particularmente donde se aprende música, pues las instituciones que la imparten, según su punto de vista, han descuidado la dimensión ética, se han vuelto instituciones guiadas por personas que logran estos cargos gracias a influencias políticas.

“Cuando yo estudié en el Conservatorio, entré en el año 1976, el director de Bellas Artes era el maestro Bernardo Romero Lozano, el papá de Bernardo Romero Pereiro, el papá de Sandro Romero, o sea, un señor dedicado al teatro, una Biblia del teatro. Hoy día ya no se tiene en cuenta esto sino la influencia política”.

La música para este consagrado músico es un asunto bastante serio, es un estilo de vida que se debe asumir con responsabilidad. Afirma que:

“(...) cuando un joven viene a una cátedra mía, lo menos que merece es que yo de todo mi esfuerzo y mi conocimiento allí. Porque él ya decidió, por un lado, vivir de eso y segundo, me dio el privilegio de poderle transmitir lo poco o nada que yo sé. Ahí me está haciendo un honor, contrario a otros docentes que sólo ponen el anillo para que el alumno se lo bese”.

Asimismo, comenta que aquí hay profesores de piano que llevan mucho tiempo tratando de enseñar aquello que ellos mismos no pueden hacer. Algo que lo inquieta es la calidad de vida de sus estudiantes: “¿cuál es

el motivo por el que un músico no pueda vivir como vive un buen ingeniero con un buen puesto?” Ninguno, nos dice, y plantea que en su academia, el objetivo es que los músicos tengan la formación adecuada para ejercer su oficio.

Su pedagogía consiste en darle al estudiante las herramientas que le permitan entender la lógica de la música, para que pueda recrearla en lugar de repetirla. Es por eso que cuestiona la academia tradicional, al afirmar que esta no enseña al estudiante a crear, sino a repetir e imitar lo que otros ya hicieron. Cuestiona, además, que no se haga énfasis en lo propio, sino en lo ajeno al contexto, pues la metodología y los contenidos están basados en la música clásica europea, la cual no nos pertenece ni geográfica, ni temporalmente.

“¿La música hay que vivirla!” Es una expresión constante del maestro Henao, y es algo que desea mostrar a sus estudiantes. Cuando toca el piano se “despeluca” –usando su expresión– Por eso en sus clases utiliza vídeos, audiciones o conciertos de jazz, pianistas, clarinetistas, saxofonistas, guitarristas, bateristas, donde el denominador es que en todos los intérpretes se nota el disfrute con su actividad.

“Si la música no te proporciona ese estado de felicidad, no la estás haciendo, porque para eso es la música. Cuando vemos un músico sudando, encartado, ¿qué pereza ese parche! Es decir, vos podés saber mucha música, pero si eso no te permite sentarte a divertirte con ella, la cosa no va bien.

Los músicos que están allá en frente del atril, en la filarmónica, a veces no tienen idea de lo que están tocando. No crean una melodía ni a palo. La música es otra cosa, la música es una forma de expresarse, como lo es la poesía. Aquí nos encerramos a darle madera a la Quinta de Beethoven por los siglos de los siglos, pero se olvida que esa música fue la música europea del siglo XVII y del siglo XVIII. Con eso bailaban, eso no es nuevo, y no tiene nada que ver con nosotros. ¿Cuál es la riqueza de esa música? Que ahí está la técnica, ahí se depuró. Si vos te metés a estudiar piano, te toca mamarte

a Bach, a Chopin y a Schuman y ahí están los dedos. Ahora, ya tengo mis dedos, ya sé leer música, ya sé armonía, tengo todo lo que necesito sobre música. Entonces, sería una idiotez sentarse, a estas alturas, a componer un minuet. ¿De dónde me inspiro si eso no es lo que yo soy? La música obedece, como cualquier arte, al entorno”.

Para muchas personas conectoras del tema, la Orquesta Filarmónica del Valle no está pasando por un buen momento. De acuerdo con su punto de vista, algunos de los integrantes de la filarmónica son estudiantes, que si bien encuentran allí una buena oportunidad, no alcanzan el nivel adecuado; además, una parte de los músicos profesionales que allí labora no tiene el nivel de formación indicado.

“Vos podés expresar tu afecto creativo a través de una buena interpretación. A mí me critican que no voy a conciertos (...) pero yo no pierdo mi tiempo en ir a oír a una orquesta donde no están los mejores, sino los de la rosca ¡maltratando esa joda! Yo he sido muy crítico con esa labor de ellos, por eso, porque los artistas de la filarmónica deben ser los de mejor desempeño. A mí me ofrecieron alguna vez que dirigiera lo de la ‘Sinfónica en su salsa’, que dirigiera y tocara el piano. Aunque la paga era muy buena, yo les dije que no. Casi salgo para donde el psiquiatra, porque era mucha plata (...) Pero a mí no me gusta ‘matar y comer del muerto’. Yo soy muy crítico con la cuestión de la filarmónica y a mí me daría pena hacer algo con ellos para después seguir cuestionando lo que hacen. Prefiero conservar el derecho a continuar cuestionando su labor. Entonces le decía a quien me formuló la invitación ‘Usted tiene una orquesta filarmónica pequeña porque no hay más plata. Tiene entonces cuatro instrumentos por cuerda. Si yo tengo cuatro primeros violines y el más importante es el primero, este primero tiene que ser el extranjero que, por concurso, demuestre que se desempeña mejor que el mejor colombiano que se presentó. El segundo, tiene que ser un colombiano que, por concurso, demuestre que su desempeño es mejor que el mejor caleño que se presentó. En el tercero, el caleño que demuestre por concurso que su

desempeño es mejor que el mejor estudiante de violín de Cali. Y en el cuarto el mejor estudiante de violín de Cali”.

Con este ejemplo, donde aparece la jerarquía como un elemento destacado, Jaime Henao resalta la importancia de enseñar a través de la práctica. De esta manera, él piensa que se puede motivar a sus pupilos a vivir la música, a recrear no sólo lo que está escrito, sino lo que se siente; es decir, transmitir emociones. Al respecto, nos amplía su perspectiva, haciendo referencia a sus producciones musicales con la cantante Liliana Montes:

“Ser jazzista ha sido una cosa muy bacana en mi vida. Con Liliana, en el año 98, hacíamos música sin una sola partitura. Conocíamos la canción y el resultado fue lo que vivimos en ese instante. Eso tiene mucho que ver con el jazz. Jazz es el momento (...) Me llevé a mi saxofonista de confianza, le dejaba oír la canción una vez, y le indicaba cuando entrar y cuando parar. Fue lo que vivimos en ese momento, lo que oís es la vivencia nuestra en ese instante con esas canciones. Por que la verdadera música viene de tu musicalidad, no viene de tu conocimiento. El conocimiento es posterior a la musicalidad, a la sensibilidad. Tu facilidad para la música nace con vos, eso es anterior al conocimiento. Lo que ha hecho la teoría musical es ponerle nombres a las cosas que suenan y aquí la ven al revés. Sonar cosas que están hechas sobre conocimiento”.

Así, pues es claro que para él la música debe estar llena de pasión. En esa línea de ideas, sus pensamientos al respecto de la música comercial son igual de disonantes:

“En arte, cuando vos le ponés fin a las cosas, dejan de ser arte. Uno no le puede poner un fin utilitario al arte: ‘voy a pintar esto porque (...) No, usted pinta un cuadro porque está expresando una cosa que tiene adentro, eso es lo que hace un pintor. ¡Ah! Que el cuadro se volvió famoso y te dan cien mil dólares por él, eso es otra cosa. Pero si vos pintás un cuadro porque te querés ganar cien mil dólares, te sale un mamarracho. Y la música se volvió eso, un mamarracho”.

Es claro que para el maestro Henao, lo más importante es la creación musical, que incluye los arreglos de una composición desde la expresión de un sentir. Haciendo referencia a la canción El Cantante, compuesta por Rubén Blades y llevada a la fama por Héctor Lavoe:

“¿Qué hace que El Cantante sea un himno de la salsa? La interpretación de Héctor Lavoe y el arreglo que le hizo Willie Colón. Es que la canción es una peladita hermosa y desnuda. Arreglarla es vestirla, ponerla bonita para el oído, ahí hay creación. Eso conjuga composición, orquestación, dirección, producción, lo que querás.

Nadie va a crear ahora una canción como El Cantante, porque eso no da plata. Por ejemplo, yo tengo amigos músicos con un infinito talento. Pero a algunos de ellos, desafortunadamente, les gustó más el dinero que la música. Luego dicen el compositor tal (...) ¡No! Son fabricantes de canciones, que es distinto.”

Estos planteamientos críticos, combinados con su talento musical y creativo, le han permitido a Jaime Henao ser reconocido como un gran músico a nivel nacional e internacional, haciéndolo merecedor de distinciones tales como: la Bandola Diego Estrada, premio entregado en la novena versión del Festival Bandola en Sevilla, Valle. Al respecto, opina que tal reconocimiento se debe a su trabajo en el campo de la enseñanza musical. En sus propias palabras: *“ellos quieren resaltar la labor musical, pedagógica. Creo que se debe a la manera en que enseñé la música, porque yo propongo mis cosas (...)”*

Por otra parte, nos cuenta que ese día nació la idea de realizar Sevilazz, festival que incluye un reconocimiento para músicos destacados.

“El día del homenaje de Bandola, me dijeron, Jaime ¿cómo te suena está palabra?: Sevilazz? Y yo le dije Eso suena hermoso, Y ahí comenzó todo. Entonces me armé el primer festival presentando doce grupos y desde aquel tiempo, hemos procurado hacerlo cada año, a mediados de noviembre. El primer homenaje fue para Tico Arnedo, el segundo para Juan Benavides, el tercer año

fue para el guitarrista Richard Narváez, director de la banda de Iona, quien fue alumno mío. El año pasado le hicimos un homenaje a Alfredo Linares, quien tocó un concierto con un cuarteto de jazz, y otro con una orquesta de Salsa. Este año le vamos a hacer el homenaje a Wilson Viveros, el de los 'Recochan Boys' ¡ese man es una bestia tocando! El toca conmigo en 'Blues Brother'. Le queremos hacer un homenaje, porque él es un berraco.

¡Es increíble loco! Es aterrador ver ese pueblo en función del festival. Los viejitos van de saco y corbata a los conciertos, algunos quizás no entiendan, pero les suena bonito ¡y vieras cómo aplauden cuando ven eso! Porque Sevilla es un pueblo muy Sui Generis, es un pueblo muy culto a pesar de estar enclavado en una zona de violencia. Pero aunque la violencia en Sevilla fue brutal, no ha dejado de ser un pueblo culto”.

Como podemos observar, la vida de Jaime Henao ha girado en torno a su pasión por

la música, con la que ha transitado por senderos de armonía y contraste, en un viaje de creatividad, en busca de un sueño colectivo y con el propósito de dejar entre sus pupilos un amor profundo por el arte musical:

“Un amigo me dijo: Jaime, vos para amar algo tenés que conocerlo y entenderlo muy bien. Mi vida está en la música. La música me ha ido carcomiendo el espacio y en este momento es el noventa y ocho por ciento de mi vida. No puedo tener ni pareja. Ninguna pareja se le mama a uno que la música esté primero. ¿Yo qué hago? Se puede caer el mundo que la música es la que se va a morir conmigo. Mi verdadero amor es la música y eso para una mujer es muy duro. A mis estudiantes les digo: ¿usted quiere ser bueno? Usted está en el camino correcto el día en que su pareja le pregunte ¿amaneciste pensando en mí? y usted le diga: No, en Fa. Ese día estás en el camino correcto. Así de sencillo”.